

SEGUNDA PARTE

I

En Bazeilles, en el pequeño cuartito negro, un brusco sacudimiento hizo saltar á Weiss de la cama. Escuchó: era el cañón. A tientas tuvo que encender la vela, para ver qué hora marcaba su reloj: eran las cuatro, el día empezaba á clarear. Cogió sus lentes y miró por la calle Mayor el camino de Douzy, que atraviesa el pueblo; pero una especie de polvo espeso lo obscurecía todo y no se veía nada. Entonces pasó á otra habitación, cuya ventana daba al campo hacia el Meuse; y allí, comprendió que las nieblas que subían del río eran las que ocultaban el horizonte. El cañoneo continuaba más fuerte, allá, detrás de aquel velo, al otro lado del río. De pronto, una batería francesa contestó, tan cercana y con tal estrépito, que las paredes de la casita temblaron.

La casa de Weiss se encontraba en el centro de Bazeilles, á la derecha, antes de llegar á la plaza de la iglesia. La fachada, un tanto escondida, daba sobre la carretera, tenía un solo piso, con tres ventanas y arriba el granero; detrás había un jardín bastante grande, cuya pendiente bajaba hacia las praderas, desde donde se descubría el inmenso panorama de montes que se extiende desde Remilly

hasta Frenois. Weiss, con el entusiasmo que le producía ser dueño de una casa, no se había acostado hasta las dos de la mañana, después de haber ocultado en la cueva todas las provisiones y de haberse arreglado del mejor modo posible para proteger los muebles contra las balas, defendiendo las ventanas con colchones. Una cólera sorda se iba apoderando de él, al pensar que los prusianos podían destruir aquella casa, tan deseada, á tanta costa adquirida y de la que había disfrutado durante tan poco tiempo.

En aquel momento le llamaron desde la calle.

—¡Weiss! ¿oye usted el jaleo?

Abajo encontró al señor Delaherche, que había querido dormir en la tintorería, un gran edificio de ladrillo que sólo se hallaba separado de la casa de Weiss, por una pared medianera. Los obreros habían huído, por los bosques, en dirección á Bélgica; y sólo quedaba para guardar la casa, la portera, viuda de un albañil, que se llamaba Francisca Quitard. Si se había quedado allí, temblorosa, atontada, era porque su hijo Carlitos, un chico de diez años, estaba en cama atacado de una fiebre tifoidea, y no había medio humano de sacarle de casa.

—Oiga,— dijo Delaherche,— la cosa empieza bien... Lo más prudente sería volver á Sedán, en seguida.

Weiss había prometido formalmente á su mujer que al primer síntoma de peligro serio, dejaría á Bazeilles. Pero aquello sólo era un combate de artillería á gran distancia, en las nieblas del amanecer.

—¡Aguardemos, que demonio! No hay prisa. De-

laherche sentía tal curiosidad, que se iba haciendo valiente. No había cerrado los ojos en toda la noche, interesándose en los trabajos de defensa. Prevenido de que iba á ser atacado al amanecer, el general Lebrun, que mandaba el 12.º cuerpo, había empleado la noche parapetándose en Bazeilles, cuya ocupación debía impedir á toda costa. Las barricadas cerraban el camino y las calles; en todas las casas había guarniciones de un puñado de hombres; cada callejuela, cada jardín, estaban transformados en fortaleza. Y desde la tres, en la noche obscura, las tropas, despertadas sin ruido, estaban en su puesto de combate, los *chassepots* engrasados, las cartucheras conteniendo los noventa cartuchos reglamentarios. El primer cañonazo del enemigo no sorprendió á nadie, y las baterías francesas, instaladas entre Balan y Bazeilles, habían contestado, como para que supieran que estaban allí, tirando sin saber cómo, á su libre albedrío.

—La tintorería,—dijo Delaherche,—va estar bien defendida... Tengo allí una sección entera. Venga usted á ver.

En la tintorería se habían instalado unos cuarenta y tantos soldados de infantería de marina, á cuyo frente se hallaba un teniente, un muchachón rubio, joven, de aspecto muy enérgico y testarudo. Los hombres habían tomado posesión del edificio; unos abrían troneras en las ventanas del primer piso que daban á la calle, otros reforzaban el muro del corral, que dominaba las praderas por detrás de la casa.

En aquel corral encontraron Delaherche y Weiss

al teniente, que miraba en lontananza, tratando de distinguir algo á pesar de la niebla.

—¡Vaya una niebla inoportuna!—murmuró.—No vamos á poder batirnos á tientas!

Después de un momento de silencio sin transición aparente, preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Jueves,—contestó Weiss.

—Jueves, es verdad... con esta vida no sabe uno si el mundo existe.

En aquel momento, á pesar del ruido sordo que producía el cañoneo, se oyó el fuego de fusilería, al lado de las praderas, á unos doscientos ó trescientos metros. Fué aquello como una mutación de teatro, el sol se levantaba, los vapores del Meuse volaron á trozos, como delicada muselina, el cielo azul apareció, sereno, de una limpidez sin mancha. Era la alegre mañana de un hermoso día de verano.

—¡Ah!—dijo Delaherche,—pasan el puente del ferrocarril. Los ve usted que tratan de ganarlo siguiendo la vía férrea... Pero es una estupidez no haber volado el puente.

El teniente hizo un gesto de cólera. Los hornos de mina estaban cargados, dijo; pero la víspera, después de haberse batido durante cuatro horas, para volver á tomar el puente, se había olvidado de pegar fuego á la mecha.

—Esa es nuestra mala suerte,—dijo con voz breve.

Weiss, silencioso, miraba, tratando de darse cuenta de lo que ocurría. Los franceses ocupaban en Bazeilles una posición muy fuerte. Contruido á

ambos lados de la carretera de Douzy, el pueblo dominaba las praderas, y sólo había este camino, que torcía á la izquierda, pasando delante del castillo, mientras que otro camino, el del puente del ferrocarril, que se alejaba á la derecha, se encontraba con el primero en la plaza de la iglesia. Los alemanes tenían que atravesar las praderas, los anchos espacios pelados, que separaban las primeras casas, del río Meuse y de la vía férrea. Conocida su habitual prudencia, parecía poco probable que el verdadero ataque comenzara por aquel lado. Continuaban llegando masas profundas por el puente, á pesar del destrozo que las ametralladoras, instaladas en la entrada de Bazeilles, causaban en las filas; é inmediatamente, los que habían pasado, se desplegaban en guerrillas, por entre los escasos sauces, se reformaban las columnas y avanzaban. Era de allí de donde partía el fuego de fusilería que iba en aumento.

—Son bávaros,—hizo notar Weiss;—distingo perfectamente sus cascos de cordoncillo.

Creyó comprender que otras columnas medio ocultas detrás de la vía férrea, desfilaban hacia la derecha, tratando de ganar los bosques cercanos, para poder caer después sobre Bazeilles, por un movimiento oblicuo. Si lograban de ese modo ponerse al abrigo en el parque de Mont-Villers, el pueblo podía ser tomado, tuvo de esto una rápida y vaga sensación. Después como se agravara el ataque de frente, desapareció.

De pronto se volvió hacia las alturas de Floing, que se veían, por encima de Sedán. Una batería había empezado el fuego; las nubecillas de humo, su-

bían por el espacio, mientras que las detonaciones llegaban muy claras. Debían ser las cinco.

—Vamos,—dijo,—el baile va á ser completo.

El teniente de infantería de marina, que miraba también, dijo de un modo de absoluta certeza:

—Bazeilles es el punto importante. Aquí se decidirá la suerte de la batalla.

—¿Lo cree usted así?—dijo Weiss.

—No hay lugar á dudas. Con seguridad que este es el pensamiento del mariscal Mac Mahon, que ha venido á vernos durante la noche, para decirnos que nos hiciéramos matar hasta el último, antes que dejar tomar el pueblo.

Weiss movió la cabeza, echó una mirada al horizonte, y con voz entrecortada, como si hablara consigo dijo:

—¡Pues no! ¡No, y mil veces no! ¡No es es eso! Tengo miedo de otra cosa y no me atrevo á decirla.

Se calló. Había abierto los brazos, muy grandes, parecidos á los de un torno, y con la cara vuelta hacia el Norte unía las manos, como si las bocas del torno se hubiesen cerrado de pronto.

Desde la víspera abrigaba algunos temores, conociendo como conocía el país, después de haberse dado cuenta exacta de la marcha de los dos ejércitos. Ahora, á medida que la vasta llanura se ensanchaba, en la luz radiante, sus miradas se dirigían hacia los montes de la margen izquierda por donde durante todo un día y toda una noche había desfilado un hormigueo de tropas alemanas. A la izquierda de Remilly una batería cañoneaba. Pero de la que se empezaban á recibir granadas había tomado posición en Maugis, á la orilla del río.

Colocó los dos cristales de sus lentes uno sobre otro, para ver mejor las pendientes plantadas de árboles, y no veía más que las nubecillas de humo blanco, de las piezas que iban coronando las alturas poco á poco.

¿Dónde se hallaba ahora el río de hombres que había salido de allí? Por encima de Noyers y de Frenois, sobre el Marfée, acabó por distinguir en la eminencia de un bosque de pinos, un grupo de uniformes y de caballos, oficiales sin duda, algún estado mayor. Y el cierre del Meuse estaba más allá cerrando el oeste; sólo quedaba para la retirada sobre Mezieres un camino estrecho que seguía el desfiladero de Saint-Albert, entre el cierre del río y los bosques de los Ardennes.

La vispera, Weis se había atrevido á hablar á un general con quien se encontró en un camino del valle de Givonne, que creyó después era el general Ducrot, comandante del 1.º cuerpo, de aquella única línea de retirada; si el ejército no se retiraba en seguida por aquel camino, si aguardaba á que los prusianos le cortaran el paso, después de haber franqueado el Meuse en Donchery, iba á verse inmovilizado, rechazado hacia la frontera. Ya, por la tarde, afirmaban que no quedaba tiempo, que los hulanos ocupaban el puente, un puente más que habían olvidado de volar, esta vez por no haberse acordado de llevar pólvora. Y, desesperado, Weiss se decía que el hormigeo de hombres debía hallarse en la llanura de Donchery, en marcha hacia el desfiladero de Saint Albert, lanzando ya su vanguardia sobre Saint Menges y sobre Floing, á donde había llevado la vispera á Juan y á Mauricio.

Con el brillo del sol, el campanario de Floing se le aparecía como una fina aguja blanca.

Después, al Este se encontraba el otro brazo del torno. Se veía al Norte de la meseta de Illy, la meseta de Floing, donde se hallaba la línea de batalla del 7.º cuerpo, mal apoyado por el 5.º, que se hallaba colocado de reserva bajo los muros de la plaza, le era completamente imposible saber lo que pasaba al Este, á lo largo del valle de Givonne donde el 1.º cuerpo se encontraba apostado, desde el bosque del Garenne hasta la aldea de Daigny. Pero ya se oía el cañoneo por aquel sitio; la lucha debía haber empezado en el bosque de Chevalier, delante de la aldea. Su inquietud procedía de que algunos aldeanos habían señalado desde la vispera la llegada de los prusianos á Francheval; de modo que el movimiento que se efectuaba al Oeste, por Donchery, se verificaba también al Este, por Francheval, y las bocas del torno lograrían unirse allá al Norte del calvario de Illy, si la doble marcha de envolvimiento no se contrarrestaba. Nada sabía de ciencia militar, sólo le guiaba su buen sentido, y temblaba al ver aquel inmenso triángulo del cual formaba uno de los lados el Meuse, y cuyos otros dos estaban representados al Norte por el 7.º cuerpo, al Este por el 1.º, mientras que el 12.º al Sur, en Bazeilles, ocupaba el ángulo extremo, dándose la espalda los tres, aguardando sin saber por qué ni cómo, un enemigo que llegaba de todas partes. En medio, como en el fondo de una fosa, la ciudad de Sedán estaba allí, armada con cañones fuera de uso, sin municiones y sin víveres.

—Comprenda usted,—dijo Weiss, repitiendo su

movimiento, ensanchados los brazos y unidas las manos,—va á suceder así, si vuestros generales no se cuidan de lo que pasa... Los entretienen á ustedes en Bazeilles.

Pero se explicaba mal, confusamente, y el teniente, que no conocía el país, no podía comprender sus explicaciones. Así es que movía los hombros desdeñosamente, impacientado de ver á aquel paisano con lentes y paletó, que quería saber más que el mariscal Mac Mahon. Irritado ya de oírle decir que el ataque de Bazeilles no tenía más objeto que distraer para ocultar el verdadero plan, le dijo:

—¡Déjenos usted en paz! vamos á echar al Meuse á vuestros bávaros y ya verán como nos divierten.

Desde hacía un momento los tiradores enemigos se habían ido acercando, las balas llegaban con un sonido opaco á estrellarse contra los ladrillos de la tintorería, y ocultos detrás del pequeño muro del corral, los soldados habían empezado á contestar. A cada instante se oía una detonación seca de *chassepot*.

—¡Écharlos al Meusel ya lo creo,—murmuró Weis,—y pasar por encima de ellos, para cogerles el camino de Carignán; eso sería lo bueno.

Después, dirigiéndose á Delaherche, que estaba escondido detrás de la fuente para evitar las balas, añadió:

—¡No importa! El verdadero plan era el de largarse ayer sobre Mezieres y en su lugar preferiría estar allí. De todos modos hay que batirse, porque la retirada es imposible.

—¿Viene usted?—preguntó Delaherche, que á

pesar de su ardiente curiosidad empezaba á palidecer, porque si tardamos un poco no podremos entrar en Sedán.

—Aguarde usted un minuto y le sigo.

A pesar del peligro que corría, se alzaba sobre las puntas de los pies, quería ver, darse cuenta de lo que ocurría. Hacia la derecha, las praderas inundadas por orden del general gobernador, el inmenso lago que se extendía desde Torcy á Balan, protegían la ciudad; era una superficie inmóvil, de un azul delicado que brillaba reflejando el sol. El agua cesaba á la entrada de Bazeilles y los bávaros se habían acercado á través de los hierbas, aprovechando los fosos, los árboles, todo lo que podía servirles para resguardarse.

Se hallaban á unos quinientos metros; y lo que le chocaba era la lentitud de sus movimientos, la paciencia de que daban prueba, ganando el terreno poco á poco, exponiéndose lo menos posible. Además se veían apoyados por una potente artillería; en el aire fresco y puro resonaban los silbidos de las balas y de las granadas. Levantó los ojos y vió que la batería de Pont-Maugis no era la única que tiraba sobre Bazeilles; otras dos instaladas á mitad del camino de Liry, habían empezado el fuego, barriendo el pueblo y aun más allá los terrenos pelados de Moncelle, donde se hallaban las reservas del 12.º cuerpo y hasta las pendientes llenas de bosques de Daigny, que ocupaba una división del primer cuerpo.

Todas las crestas de la margen izquierda se inflamaban. Los cañones parecían surgir del suelo, era aquello como una cintura que iba ensanchán-

dose cada vez más: una batería de Wadelincourt, que tiraba sobre Sedan, una batería en Frénois, por encima de la Marfee, otra formidable batería, cuyas granadas pasaban por encima de la ciudad, para ir á estallar entre las tropas del 7.º cuerpo, sobre la meseta de Floing. Aquellos montes que tanto quería y cuya vista halagaba á sus ojos, cerrando á lo lejos el valle alegre de verdura, los miraba ahora Weiss con verdadero terror, convertidos de pronto en enorme y gigantesca fortaleza, dispuesta á aplastar las inútiles fortificaciones de Sedan.

La caída de un trozo de yeso, le hizo levantar la cabeza. Era una bala que había ido á aplastarse contra su casa, cuya fachada veía por encima de la pared medianera. Aquello le contrarió mucho.

—¡Pues qué! me la van á echar abajo esos bandidos.

Pero detrás de sí un ruido blando le extrañó. Al volverse, vió un soldado, herido en el corazón, que caía de espaldas. Una ligera convulsión agitó las piernas, la cara se quedó plácida, serena. Era el primer muerto y se asustó, sobre todo por el estrépito producido por el chassopot, que rebotaba sobre el empedrado.

—Yo me voy,—dijo Delaherche.—Si no viene usted, me voy solo.

El teniente, á quien molestaban mucho, les dijo:

—Lo mejor que pueden ustedes hacer es marcharse... Nos pueden atacar de un momento á otro.

Entonces, después de lanzar una última mirada á las praderas, donde los bávaros ganaban terreno, Weiss se decidió á seguir á Delaherche. Pero al llegar al otro lado, en la calle, quiso cerrar su casa

con cerrojo y se unió por último á su compañero, cuando un nuevo espectáculo los paralizó.

En el extremo del camino, á trescientos metros próximamente, una fuerte columna bávara atacaba la plaza de la Iglesia. El regimiento de infantería de marina, encargado de defenderla, pareció disminuir el fuego como para dejarlos avanzar. Después, cuando la columna se encontró enfrente, hicieron una maniobra extraordinaria é imprevista: los soldados se apartaron á ambos lados del camino, muchos se echaron á tierra, y en el espacio que bruscamente dejaron libre, las ametralladoras, puestas en batería en el otro extremo, vomitaron una granizada de balas. La columna enemiga quedó barrida. Los soldados se habían levantado de un salto y corrían á la bayoneta sobre los bávaros, acabando de atropellarlos y de rechazarlos. Dos veces empezó la maniobra con el mismo éxito. En el esquinazo de una callejuela, en una casita pequeña, se habían quedado tres mujeres y tranquilamente, desde una de las ventanas, reían y aplaudían, contentas de haber presenciado aquel espectáculo.

—¡Demonio!—dijo Weiss,—he olvidado de cerrar la puerta de la cueva y de cojer la llave... Aguarde usted, es cosa de un minuto.

Aquel primer ataque había sido rechazado y Delaherche, en quien el deseo de ver volvía á surgir, tenía menos prisa por marcharse. Estaba de pie, delante de la tintorería, hablando con la portera, que había salido de su cuchitril.

—Mi pobre Francisca, debía usted venirse con nosotros. Una mujer sola no está bien en medio de tanto desastre.